nes más caras y sus más risueñas esperanzas. Hemos visto. ademas, que se aleja de ella, y quebranta sus antiguos juramentos y huella los tiernos amores de la cuitada. Hemos visto tambien, por otra parte, que Íñigo respetó su dolor, no obstante habérsele sembrado en el alma el dardo de los celos; que no tuvo para ella más que cariñosas palabras de consuelo y delicadas muestras de ardoroso amor, y que, finalmente, se inmola, arrostrando la cólera y el ódio de su protector, para salvarla de la deshonra y del furor paterno. Pues bien; el ánimo de Mencía, debe haber sufrido honda modificacion en favor del insigne plebeyo, amenguando en gran manera sus profundas simpatías por el capitan Benavídes, quien al correr vertiginosamente en su bridon, se ha llevado prendidos en sus dorados acicates, los últimos girones de su esperanza. La bala de Íñigo robó el sombrero á su cabeza, y la fatalidad le obligó así á descubrirse ante la fuerza de su síno, encarnada en la estóica rectitud de su rival. Las sombras de la noche, la ligereza de un caballo y el joyel de un sombrero, han resuelto el problema psicológico. Pues con toda evidencia se comprende que Mencía, á lo último, debe amar necesariamente á Íñigo. Si así no fuese, el pensamiento capital de la obra quedaría trunco y el carácter admirable del protagonista se nos figuraría un sarcasmo en el órden estético.

IV.

Íñigo es ya esposo de Mencía, sin que ésta le ame aún, subyugada y dominada todavía por la aciaga pasion que logró infundirle Benavídes. D. Gonzalo paladea todo el amargo despecho consiguiente al enlace de su encumbrada alcurnia con los pálidos timbres personales del hijo de un pechero. Jimeno y Gertrúdis, admirados y suspensos, no aciertan á explicarse los insólitos acontecimientos que están presenciando. Y D. Juan de Benavídes, el orgulloso hidalgo, el altivo capitan, vendrá muy en breve, escudado por terrible documento, á introducir nuevas zozobras é inquietudes. En este grado de complicacion los resortes y elementos dramáticos, de esta manera enlazadas como con fibras de acero las pasiones de los personajes, así urdida y enredada la trama de la fábula, se espera naturalmente algo más patético aún, algo de más rudos é importantes efectos trágicos. El autor lo comprendió tambien, y puso todo el brío de su ingenio en dar cumplido remate á una obra tan bien concebida y con tanta exuberancia de inspiracion efectuada.

Encuentra D. Gonzalo á Íñigo, á quien buscaba con afan, y torna á reprocharle su accion indigna y afrentosa. Mencía presencia con dolor tan aflictiva escena. En el colmo de la indignacion exclama el alcalde:

Y ¿eres tú quien en la guerra iba á fulminar la espada con sangre noble empapada de los héroes de esta tierra?

Ante tan injuriosa interpelacion se despoja Íñigo de la espada que le puso al cinto el mismo D. Gonzalo, quien expresa su mal reprimida satisfaccion nobiliaria en estos versos:

¡Bien, por Dios!....Deja el acero;
justo es que en mi casa quede....
No lo esgrima quien no puede
honrarlo por caballero.

Momentos despues se presenta Benavídes, y refiere que cediendo á paterna decision, pasó los años de su primera juventud en sombrío convento de Andalucía, donde recibió contra su voluntad un órden sagrado, que debió separarle para siempre del bullicio del mundo; pero que, muerto el autor de sus dias en servicio del Papa, abandonó el monasterio, abrazando la carrera de las armas, y pidió al Sumo Pontífice, recordándole el trágico fin de su padre, la nulificacion de sus votos sacerdotales, lo que acaba de conseguir, segun acredita un manuscrito que presenta á D. Gonzalo, y en cuya virtud, estando ya libre y suelto de aquel invencible impedimento, solicita la mano de su hija, á quien hace tiempo que adora. Ya se comprenderá la terrible explosion de sentimientos que esta inesperada solicitud produce en los tres consternados interlocutores del capitan. Nadie le responde, pide él explicacion á todos y ruega á Ínigo que interceda en su favor; pero, al aproximár-sele, le ve el joyel de su sombrero, y lo comprende todo. Rétale, furioso, en voz baja, y recibe de él esta fatídica respuesta:

Está de más en el mundo, uno, D. Juan, de los dos.

D. Gonzalo ha permanecido estático y mudo, sin saber qué hacer ni qué decir, y dudando de si será una fantasmagoría infernal lo que ante sus ojos pasa: trasfiere, por fin, su resolucion para el dia siguiente, con el propósito de aclarar y poner en su punto tan extraños sucesos. Retírase D. Juan, ardiendo en rábia y en celos, y manifiesta disgusto D. Gonzalo por no serle posible acceder á la peticion de quien pudiera honrar su escudo con los blasones del suyo. No pudiendo ya Íñigo soportar tanto oprobio, rompe los diques del respeto y dice á su protector:

Pensadlo con más calma.
Señor, perdon, vuestra memoria invoco.
Dij steis hace poco
que es la nobleza galardon del alma.

Yo la siento en la mia....
Siento mi sangre hirviente
subirse en olas y quemar mi frente,
cuando escucho, señor, de vuestro labio
para mí tanto agravio,
que á no ser vos quien me los dice, hiciera
por mataros, señor, cuanto pudiera.

Y más adelante:

¡Me dejárais, señor, al borde helado de mi plebeya cuna!

No viniera á insultar vuestra fortuna, no viniera á ultrajar vuestro pasado.

Alas me dísteis, y volé sin miedo....

Y cuando al fin domino el horizonte desde la cumbre del altivo monte, su fiaqueza mostrais á mi denuedo, decís que es vana mi arrogancia fiera, falso mi arreo, sin valer mis galas, y al águila altanera cortais de un golpe las robustas alas.

Enternecido D. Gonzalo y estimando en todo su valer las razones de Íñigo, vuelve á darle su espada, diciéndole que para el mundo sólo será suya Mencía, cuando la gane con sus hazañas. Le bendice, y sale, con Jimeno y los alguaciles, por ser la hora de principiar su ronda.

Despídese Íñigo de la deidad que inconscientemente ha gobernado los invisibles hilos de su existencia, y ella, cautivada por tanta grandeza de espíritu, y sintiendo por di, entre las nieblas de su dolor, algo más que un cariño puramente fraternal, le dice que vaya á la guerra alentado por la esperanza, entre tanto ella guarda la fé jurada al pié de los altares y la honra del que prendió en su frente el velo nupcial. Íñigo párte, y tiene Mencía un tierno monólogo, dedicado exclusivamente á el.

Principia ya á alborear la felicidad del honrado huérfano, y el pensamiento fundamental de la obra, la nobleza está en el alma, toma formas poéticas celestiales.

Interrumpe Gertrúdis el monólogo de Mencía, entrando de la calle con una misiva de Benavídes, que le entregó el pajecillo Gil. Niégase la digna esposa á recibir la esquela, pero son tales las instancias que le hace su doncella, motivadas por las sugestiones puestas en juego por el audaz capitan en boca de su paje, que al fin cede con notoria repugnancia. Le escribe Benavides que, sabiendo ya el perjurio de su matrimonio, es fuerza que huya con él, si quiere librar á Íñigo de la saña del verdugo, por el delito de haber disparado, con traicion y felonía, sobre su jefe; para concertar lo cual le pide una entrevista, que á poco tiene efecto. Hacen en ella inútiles esfuerzos, el capitan por lograr lo que desea y la jóven desposada por impedir la ignominiosa ejecucion de su consorte. En esto, llama Íñigo, enfurecido, á una de las puertas laterales. Desenvaina Benavides el acero para esperarle en guardia, pero le obliga Mencía á ocultarse en su aposento, cerrando por fuera la puerta. Entra Íñigo, y se verifica terrible escena, en que es notable la siguiente cuarteta del indignado esposo:

> ¡Cómo el horror embellece con su marmórea blancura! ¡Paso ya!....¡Tanta hermosura me fascina y me enfurece!

Había dejado escapar ántes de sus labios, presintiendo la catástrofe, estas palabras:

nichlas de su delent alge más que un cariño puramente frater-

El pecho apénas palpita....
¡Latió hace poco tan fuerte!
El arcángel de la muerte
sus alas en torno agita.
Se siente su airada saña,
el dolor aquí no cabe,
todos tiemblan, nadie sabe
donde herirá su guadaña.

Se lanza frenético sobre la puerta que guarece á Benavídes y rompe la chapa con estupendo empuje. Óyese luego el chocar de los aceros; entran D. Gonzalo, Jimeno y alguaciles; Mencía y Gertrúdis se entregan al delirio del dolor, y la primera, no pudiendo ya resistir la incomparable angustia que en el alma siente, revela á su padre que Benavídes es el verdadero culpable. Comprende D. Gonzalo de súbito toda la nobleza de Íñigo, y vuela, espada en mano, á vengarse del capitan; pero en aquel mismo punto sale Íñigo traspasado el pecho, y tras él D. Juan, con la vacilacion y aturdimiento propios del crímen, pues le había herido al rompérsele la espada. Perdona Íñigo á su rival y enemigo, y le pide que labre la felicidad de Mencía. Ésta se niega á tan ominosa coyunda, exclamando indignada y colérica.

Idos vos, Don Juan, de aquí: por vos mi horror es profundo.

ínigo. Gracias....

ÍÑIGO.

· Me quedo en el mundo;

îñigo, espérame alli (señalando el cielo.)

¡Tuya soy!

Dichoso muero 119 Odnomny 18 112

Así morirme quería....

Conserva en memoria mía
el joyel de mi sombrero.

Espira el protagonista y concluye el drama.

Era preciso que Íñigo muriese por mano de Benavídes y merced á su traicion; porque sólo así podía y debía conquistar el amor de Mencía, único y supremo ideal de su existencia.

Para demostrar la grandeza de este rasgo, citaré dos ejemplos, tomados de dos magníficos dramas: el uno inglés, de Shakspeare, y español el otro, de Hartzenbusch. Vemos en el primero, Romeo y Julieta, que el protagonista ama ardorosamente á Rosalía, y que por los desdenes de ésta y para distraerlo de ellos, le llevan algunos amigos suyos á un baile en casa del jefe de los Capuletos, donde conoce á Julieta y se enamoran ámbos en el instante. En el segundo, Dª. Mencía (nombre de la obra y de la protagonista), para conseguir que su hermana Inés olvide á D. Gonzalo y acepte el velo monjil que solemne voto de familia debe colocar en sus sienes, entrega personalmente una carta á D. Gonzalo, en la que éste es desdeñado por Inés; pero en cambio, se prenda y enamora en el acto de la gallarda Dª. Mencía, á la que pasa otro tanto respecto del apuesto doncel.

No así en la obra de Peon y Contreras. Íñigo, á pesar de sus reiteradas muestras de amor y de nobleza, no consigue la anhelada correspondencia sino en el momento de partir á la eternidad.

obnaing as ny on in sor and

Se ciñe y sujeta el drama admirable que vengo estudiando, á las tres unidades que recomendaba Horacio. Desarróllase su argumento en una sola estancia y en el breve espacio de veinticuatro horas, sin que haya ni se note la menor violencia en esta sumision á los preceptos aristotélicos. Durante el intervalo de dos consecutivos toques de ánimas, se enreda y desenlaza la peregrina accion dramática, como para que la místi-

ca vibracion de la campana religiosa, marque, con la regularidad cuotidiana de su sonido, la duracion clásica de la fábula. El salon de la escena es el principal y más lujoso de la casa del alcalde, y están en él, mudos testigos del drama, los retratos de sus antepasados. Hago constar estas dos al parecer insignificantes circunstancias, para poner de manifiesto que hasta en sus menores detalles es precisa la obra. Preséntanse en ella los acontecimientos, como una sucesion de causas y efectos eslabonados. Sucede lo que en un silogismo: sentadas las premisas, se deduce necesariamente la consecuencia. Vistos el primero y segundo actos, se concibe el tercero, meditando un poco. Así; desde las primeras escenas, notamos la lucha entre la hidalguía genial de Íñigo y el fervoroso amor de Mencía á Benavides, lo que nos indica, estética y lógicamente, que debe triunfar la virtud (cualidad esencial) del amor (afeccion pasajera.)

Cierto es que la victoria de la virtud sobre el vicio, la protervia ú otros instintos atroces, suele no ser de interes en el teatro, donde se busca el efecto por médio del funesto resultado de las pasiones despeñadas; pero tambien es cierto que en el Joyel del sombrero (le llamaré así por eufonia), á causa de verse desde el principio que la nobleza de Íñigo debe quedar al fin rodeada por los fulgores de una apoteósis mágica, es necesario que Íñigo venza en la lid á Benavídes. Mas, como si, obtenida la victoria, hubiese Íñigo sobrevivido á ella, habría resultado un desenlace prosáico y nada dramático, muere Íñigo para que la vindicta escénica quede satisfecha. El drama es el santuario de las víctimas; una especie de martirologio, donde se paga con sangre el derecho de primacía. Así lo entendieron los trágicos griegos, pues fulminaron siempre las iras celestes sobre sus protagonistas. El más grande de los dramáticos, el singular vate de Stratford-on-Avon, hace una hecatombe de cada drama. Y es porque las desgracias en el teatro, miéntras más horrendas y desastrosas, más producen la conmocion trágica. El sacrificio de Íñigo es, por tanto, la meta ó término natural del drama, y el último punto ó coronacion de su carácter. Pero como no había de morir sin premio alguno, ya que tanto hizo por alcanzarlo, se lleva el amor de Mencía al sepulcro, para que su perfume sirva á su cuerpo como de alma, cuando ésta vuele á las regiones desconocidas.

Pasma lo profundo y delicado de la concepcion del drama, si se detiene uno á considerar toda la relacion estrechísima que existe entre la hidalguía de Íñigo y la consecucion de su ideal mundano. En esto estriba el secreto y la mágia de la poesía que se difunde y penetra toda la obra, y hechiza y conmueve al espectador. Se me figura en ocasiones Íñigo, al discreto y honestísimo Amadís de Gaula, y casi le veo digno de habitar con Mencía el encantado palacio de la Ínsula Firme. Tengo para mí que hubiera conservado ilesa y sin mancha toda su fidelidad á Mencía, aunque le hubiesen tentado la hija del Conde de Selandia y la infanta Elisena, hermosas sobre toda hermosura, que tentaron y rindieron al rey Perion, padre de Amadís. Íñigo y éste se parecen tambien, en ser ámbos arquetipos y modelos de firmes, leales, fervorosos y ternísimos amantes. Todas sus acciones tienen por único fin y objeto el servir á la señora de sus pensamientos, por la cual desdeñan y tienen en poco todo lo demás que el mundo les ofrece.

El alma de Íñigo es bellísima. Esto lo he dicho ya. Pero es preciso que quede asentado, para que se comprenda que en el Joyel del sombrero hay leccion moral. Estriba ésta y se funda en la belleza y bondad de Íñigo, como en ellas se funda y estriba toda la máquina del poema. No es comun que los hombres tengan tal energía en el cumplimiento del deber, ni que sacrifiquen sus más puras y legítimas aspiraciones en aras de

la virtud. Sean pues lícitos el deseo de parecerse á él y el de alcanzar su perfeccion moral.

Y itodavía hay quien diga que en los dramas de Peon no hay enseñanza! Bastaría que fueran bellos para que la hubiese; porque la belleza, infundiendo no sé qué de consolador y de benéfico en el espíritu, le da vigor y fortaleza para sufrir con paciencia los golpes de la adversidad, y fortaleza y vigor para repeler las tentaciones del vicio y hacerse invulnerable á las asechanzas del delito. La prueba más evidente es que los artistas, quienes mejor que nadie conciben la belleza y la realizan, y hasta se llegan á familiarizar con ella, son de índole angelical. No sé de ninguno que haya sido perverso ni malvado. Suelen, sí, ser envidiosos, y la envidia los conduce á veces á obrar como no debieran. Pero, con todo, en una sociedad de artistas se gozaría de paz octaviana. Sólo habría rencillas domésticas, y la sangre nada más correría de farsa ó en ficcion patética. Sería ello el paraíso terrenal ó algo así como un lugar encandual, practica sictopre las man tador, luciente y misterioso.

Toda la accion del Joyel del sombrero, todo el enlace y hermosura de su argumento, toda la secreta poesía que le da vida maravillosa, se basan en la nobleza de Íñigo. Esta es la causa y al mismo tiempo el objeto del drama. De ella divergen y á ella convergen todas las fuerzas y resortes del poema. De aquí que la unidad de accion esté tan fielmente observada. La unidad de accion es en verdad la unidad de pensamiento.

Por esto, á pesar de los episodios accidentales, se desenvuelve sin obstáculos ni tropiezos, y conservando siempre la integridad de su interno interés dramático. Las pasiones, móviles de los personajes, entran en la fábula como resortes indispensables al movimiento de su orgánico mecanismo. Cada escena tiene su valor propio y sustantivo, y cada acto asume una intimidad poética exclusiva, y no perturba ni desvirtúa la animacion y vida del todo. Lo cual prueba que en la obra, dentro de la variedad accesoria, se da la unidad esencial.

Los personajes son verdaderos tipos ó caractéres dramáticos, siendo de notar que ninguno representa una pasion rastrera, Benavídes que, como contraste artístico, es alentado y movido siempre por lamentable descarrío en la naturaleza de los afectos humanos, nunca obra conscientemente por maldad, sino á impulsos del indómito huracan de sus pasiones: extralimitando la esfera de las razones sociales y legales imperantes respecto del amor, extravía su inteligencia y su voluntad, conduciéndolas á fatal oscurecimiento que aparte de producir hábil recurso dramático, envuelve profunda enseñanza con relacion al dominio que debe ejercerse sobre los afectos salidos de cauce legítimo. Íñigo es el noble por excelencia, que deriva su nobleza, no de ejecutorias ni de pergaminos, sino de su propia y natural bondad, y que sin consultar nunca su provecho individual, practica siempre las máximas del bien y de la virtud. Mencía es la dama enamorada de los tiempos caballerescos, que aprecia en mucho la pureza de sus sentimientos y que á pesar de unir su vida á la de un hombre á quien no ama, por mantener sin mácula el honor, no se confiesa suya sino cuando se convence de que su amante y amado es indigno de ella. D. Gonzalo Carbajal es un miembro ilustre de la rancia nobleza castellana, celoso del lustre de sus timbres señoriales, y sobre todo, de la intachable limpieza de su honor y de su nombre. Jimeno es el servidor fiel é incorruptible, que pospone todo al brillo de la reputacion de su señor y se ha fijado como acertada é invariable regla de conducta no mentir nunca. Gertrúdis es una candorosa doncella, amantísima de su señora y que, sólo merced á sus lágrimas y ruegos, osa traspasar el límite de sus obligaciones, haciéndose cómplice de unos amores, por secretos, culpables. Pues para ella, como para Mencía, era libre Benavídes y podía disponer de su voluntad.

No titubeo en calificar á todos estos caractéres de muy bien definidos y diferenciados, ni mucho ménos en sostener que constituyen una hermosa série de hermosos tipos, en que algo se puede aprender respecto de disciplina de conducta, ya que ahora se quiere á todo trance que el teatro dé lecciones de cualquiera cosa, al modo de las escuelas del Municipio ó del Estado.

El amor y la nobleza son los principales elementos de que echó mano Peon y Contreras, para entretejer los dorados hilos de su inspiracion lírica con las aceradas fibras de su inspiracion épica, y producir una obra eminentemente dramática.

Aquellos dos séres, Íñigo y Jimeno, que pinta en la primera escena, derramando lágrimas y pétalos de flores sobre la triste losa de un sepulcro, parece como que evocan el fantasma del misterio, para que derrame algo de vago é indefinido en la melancólica poesía de la obra. Acaso por esto, y porque el triunfo de la virtud es siempre halagüeño, aunque vaya acompañado de la muerte, no afecta dolorosamente el drama ni hiere con rudeza las fibras del sentimiento; ántes bien, produce consoladora delicia y puro é inefable regocijo.

El Joyel del sombrero, en suma, tiene mérito muy relevante y calidades dramáticas de primer órden. Con lo cual creo decir todo lo que puedo en su alabanza, si bien lo que digo me parece insuficiente, pálido y sin brío.